

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN
GASTÓN GARCÍA CANTÚ

LÁZARO CÁRDENAS dejó una importante obra escrita. Sus *Apuntes*, por ejemplo, suman poco más de dos mil seiscientas páginas. Obra la cual, con sus cartas, completa la de los escritos conocidos: discursos, mensajes y conferencias de asuntos de gobierno y de problemas nacionales. Sorprenderá al lector la magnitud de esa producción pero más aún su calidad e importancia histórica.

En los *Apuntes* no hay confidencias. Contienen relación de hechos de armas, comentarios políticos, decisiones administrativas, itinerarios y reflexiones significativas. No hay en sus páginas hipérbole alguna. El estilo de Cárdenas es claro, preciso, vigorosamente coloquial; conveniente al asunto tratado. Los detalles de los episodios que evoca no carecen de minuciosidad. Dice lo que ocurrió sin subrayar su propio testimonio. Lleva al lector, con respeto y suavidad, al conocimiento de hechos por demás sobresalientes. Tampoco hay en estas páginas alegatos personales o justificaciones; ni explicaciones que suponen, en política, un tardío arrepentimiento ante las decisiones tomadas. No se advertirá un afán de haber sobrepuesto Cárdenas su espíritu a lo ocurrido. Sus *Apuntes* no reflejan ni piedad de sí mismo ni engrimiento. Su preocupación dominante parece haber sido la de dejar constancia de los hechos. Sin proponérselo, fluye en sus recuerdos y anotaciones su integridad moral. Realizó por ello, a su manera, la aspiración de Ranke: decir cómo sucedieron las cosas. Éste es uno de los méritos de sus escritos privados y, sin duda, el que sean, a más del relieve de su autor, una aportación a la historia nacional.

Poca lectura hay en sus páginas, no obstante haber sido él un lector de libros de historia, de política y de tratados de oficios varios. En cierta ocasión vi cerca de su mano derecha un libro de prácticas agrícolas. Al darse cuenta de mi observación, como respondiendo a una pregunta mía, me dijo: “No es un libro de ciencia, pero contiene experiencias que es útil conocer. En nuestros constantes viajes necesitamos decirle a los campesinos alguna cosa sobre cómo mejorar lo que cultivan”. En otro lugar, me habló, largamente, de Tocqueville y sus premoniciones respecto de Rusia y los Estados Unidos. En sus cartas hay no poca correspondencia con escritores; verdaderos resúmenes críticos de los libros que le remitían. Sin embargo de sus asiduas lecturas, en sus *Apuntes* lo que recogió es la vida que observó, su entendimiento de los episodios mexicanos o de los que tenían relación con nuestro país. A pesar de haber sufrido una de las experiencias más agobiantes a que puede someterse a un ex gobernante: ver la destrucción de no poco de su obra pública, en los ejidos, las organizaciones obreras o la educación, no hay en sus páginas íntimas ni queja ni indignación. Cuenta lo más grave para la nación como si hubiera sido consecuencia de algo ya previsto. En ello recuerda a Juárez, quien, al asentar en sus Efemérides la batalla del 5 de mayo de 1862, escribió: “Se recibió por telégrafo el parte de haber sido rechazados los franceses”; lo que significa, ante la obvia trascendencia de aquel hecho de armas, un repudio de la grandilocuencia. Abolición saludable del énfasis. Cualidad, también, de Cárdenas.

La *Obra* cuya publicación se inicia con este volumen es la respuesta más coherente a los problemas seculares de México. Su labor de gobernante y de impulsor de empresas colectivas en la cuenca del Tepalcatepec o en la vasta región del Balsas, de defensor de los campesinos y de los obreros; de impugnador de injusticias es, en verdad, una sola, sostenida acción, surgida de un programa vital que rechazaba la abulia, el pesimismo, la intolerancia y el odio. Los viejos problemas han creado, a la vez, a sus hom-

bres. Por ello Cárdenas, al par que procuró mejorar el país, sostener sus instituciones, aplicar la ley, como él decía sin eufemismo ninguno, con propósitos revolucionarios, pretendió educar a los mexicanos, imbuirles de orgullo nacional, postergado entre el cinismo y la incredulidad.

Cárdenas recorrió, constantemente, nuestro territorio para ver cómo se le cuidaba. Nadie como él conoció México. Su rigurosa memoria podía señalar, a un lado del camino, si había más o menos árboles que en su recorrido anterior; si, allá, la tierra había sido regada; si plantas inclasificadas podían guardar algún remedio o un servicio inédito. Ante cada planta, su nombre propio; en cada lugar, algún vecino conocido: un viejo que se le acercaba conmovido o un joven, retraído, que se aproximaba para verlo. Los itinerarios de los *Apuntes* sólo ofrecen la toponimia. Imposible reconstruir lo que, en cada lugar, recomendó a sus pobladores. Su fuerza interior procedía de esa constancia en la acción; su prestigio popular de esa actitud moral.

Habituadas algunas personas a consagrar la mediocridad política, a resignarse ante la falsedad o la mentira y cultivar, en desquite privado, el sarcasmo o la burla, una obra como la de Cárdenas excede los patrones de esa rutina. Medirla sólo por la excepción que representa sería innecesario. A Cárdenas debe vérselo por la totalidad de su labor y la intensidad con que proyectó y orientó las más urgentes realidades mexicanas. No hubo problema ante el cual no pusiera su pasión para resolverlo, apelando a la razón y a la concordia nacionales. Por encima del rencor y del azar, de la improvisación y del fatalismo, Cárdenas vio siempre con lucidez cuál era el medio más favorable para evitar sufrimientos y tropiezos al país. Pocos ejemplos semejantes al suyo: ningún mexicano, en nuestros días, cumplió como él una forma de compromiso con el pueblo para asistirlo, alentarle, aconsejarlo y defenderlo durante más de cincuenta años; sin desaliento ni fatiga; siempre con esperanza activa en su porvenir. Esto es lo que se desprende de la

lectura de los *Apuntes* de Cárdenas, si bien distó de ser su propósito. Repetimos: sólo constancia veraz de los hechos de que fue testigo y autor.

La edición de la obra de Lázaro Cárdenas, en la Nueva Biblioteca Mexicana, representa la posibilidad de que se conozcan las ideas, tentativas y realizaciones de uno de los gobernantes que vivieron, de manera más cabal, los principios sociales de la Revolución Mexicana. Hasta ahora se han recopilado unos cuantos papeles de nuestros hombres públicos, reservando a los historiadores la labor de su estudio. Empezar a publicarlos, debidamente ordenados, es iniciar el conocimiento de la historia contemporánea de México; por ello el señor rector de nuestra casa de estudios, doctor Pablo González Casanova, dispuso la edición de la obra que este volumen inicia, la cual ha sido posible, además, por la buena voluntad de los miembros del Instituto Lázaro Cárdenas de Estudios de la Revolución Mexicana, A. C., de la familia Cárdenas, del director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, licenciado Víctor Flores Olea, del doctor Rubén Bonifaz Nuño, coordinador de Humanidades, y del que dirige, con acierto constante, esta Biblioteca: Enrique González Casanova.